



JAVIER REGUEROS / ONCE

Instructor tiflotécnico explica con intérprete a un alumno sordociego un teclado braille

Casi la cuarta parte de los jóvenes adultos discapacitados tiene tan sólo el título de primaria, y un 19% ha acabado la ESO

Objetivo, estudiar más allá de la obligatoria

A. RODRÍGUEZ DE PAZ Madrid

A finales de los años ochenta, España apostó por la escuela inclusiva, por que en la medida de lo posible los niños con discapacidad física o psíquica acudieran a centros educativos ordinarios. Una vez consolidada esta política –amenazada ahora por falta de medios por los recortes en educación–, el reto consiste en lograr que los discapacitados dejen de ser un colectivo especialmente afectado por el fracaso escolar y el abandono temprano del sistema.

Un informe de la Comisión Europea publicado hace apenas unos días alertaba de que los niños con necesidades especiales y los adultos con discapacidad “siguen estando desfavorecidos en la educación”. “Ha llegado el momento de cumplir los compromisos que hemos asumido. La educación integradora no es una asignatura optativa; es una necesidad básica”, defendió Androulla Vassiliou, comisaria de Educación.

Tal como reconocen numerosos organismos nacionales e internacionales, resulta complicado contar con estadísticas comparables y actualizadas sobre las personas con discapacidad. En España, la encuesta sobre discapacidad, autonomía personal y situaciones de dependencia (EDAD), publicada por el INE en el 2008, recogía que más del 97% de los niños

con discapacidad de 6 a 15 años estaban escolarizados y casi ocho de cada diez acudían a “escuelas ordinarias”. Hasta el 45% de estos alumnos recibía apoyos especiales, mientras que otro 32% también iba a centros ordinarios pero no contaba con esas ayudas. Finalmente el 19,1% acudía a centros de educación especial.

La misma encuesta refleja alguna de las dificultades para estudiar a las que se enfrentan: el 14,6% de estos niños tuvo que faltar en el colegio más de un mes debido a su discapacidad.

Al final, estas y otras barre-

La mayoría de los niños con alguna discapacidad estudian en centros ordinarios

ras se acaban reflejando en un nivel de estudio inferior al de la población en general. Los expertos coinciden en que el paso más complicado se produce a partir de la enseñanza no obligatoria y, en especial, en la universidad o la FP de grado superior. Según el INE, mientras el 7,7% de la población de 25 a 44 años sólo ha acabado los estudios primarios, entre los ciudadanos con discapacidad de esa edad el porcentaje llega al 23,3%. Otro 19,2% de los jóvenes adultos discapacitados tie-

ne el título de la ESO (un 29% de todos los de esa edad). Sólo el 10% de los jóvenes discapacitados tienen título universitario, frente al 24,1% de la población en general.

En el 2008, un informe del Defensor del Pueblo de Andalucía exponía que “las personas con discapacidad, además de terminar con menos frecuencia la educación secundaria, acceden a los estudios en menor medida que el conjunto de la población, lo que explica su escasa presencia en la etapa universitaria”. Según la Fundación Universia, en el curso 2011- 2012 se matricularon 18.300 en grados y posgrados –del total de 1.546.000 universitarios matriculados en las universidades españolas–.

Para combatir esta situación, el Defensor del Pueblo de Andalucía recomendaba mejorar la accesibilidad de las instalaciones universitarias y se mostraba a favor de adaptaciones curriculares y metodológicas de los estudios, la exención de todas las tasas y de medidas de discriminación positiva como la posibilidad de matricularse de asignaturas sueltas en el primer curso, la reserva de sitio en el aula, la prioridad en la elección de grupo y horario.

Las barreras no acaban en el aula: “Las personas discapacitadas que finalmente obtienen una titulación superior siguen sufriendo desventajas en el mercado laboral”, concluye el estudio comunitario.●